

Eva Acosta

EMILIA PARDO BAZÁN

La luz en la batalla

EDICIONES DEL VIENTO



ÍNDICE

Nota a la reedición	13
Nota a la primera edición	17
Prólogo	19
Llega la señora	19
LOS PRIMEROS AÑOS (1851-1868)	25
Las raíces y la ciudad	27
La familia	33
Femenino plural	47
Versos	56
Prosa	66
LOS AÑOS ENTUSIASTAS (1868-1879)	77
Tiempo de cambios	79
El fervor de la causa	85
Tiempo de viajes	99
Amor y pedagogía	104
Tiempo de silencio	118
LOS AÑOS DECISIVOS (1879-1886)	133
Modos de ser mujer	135
Hijos y libros	149
Una ventana al mundo	168
El ojo del huracán	182
Siempre quedará París	198

LOS AÑOS GLORIOSOS (1886-1898)	225
<i>Intermezzo</i>	227
Gozos y sombras	248
Camino de perfección	273
No digas que fue un sueño	300
La vida va en serio	333
LOS AÑOS DEFINITIVOS (1898-1921)	371
Todo por la patria	373
Siglo nuevo, lucha nueva	393
Puro teatro	416
Señora Condesa y otros honores	437
Crepúsculo de primavera	483
EPÍLOGO. La sala de las viudas	517
APÉNDICE. Carta del Padre Castellanos, franciscano, a Emilia Pardo Bazán	523 523
Agradecimientos	529
Abreviaturas	531
Índice de citas	533
Bibliografía	569
Índice onomástico	577

PRÓLOGO



Llega la señora

Junio, 1938. Un coche negro avanza por el camino que lleva a la casa. Dos de sus ocupantes son militares de uniforme, un cabo y un capitán. Detrás va la Señora, que pronto será la dueña y ha querido hacer una visita privada a su nueva posesión, lejos del protocolo, de los aplausos y de las miradas ávidas de la gente. Junto a ella, un clérigo con las manos cruzadas sobre el regazo. La Señora contempla los árboles que flanquean el camino, húmedos bajo la suave lluvia que empapa el campo, y repasa los hechos que la han conducido hasta esta mansión: la boda, su hija, Marruecos, los meses en el extranjero a salvo de la guerra, Salamanca, las esperanzas ciertas de victoria del bando que acaudilla su marido... Nadie habla en el coche. Franqueada la verja, las ruedas hacen crujir la grava; ante el parabrisas se alza la maciza silueta de las Torres de Meirás, oscura de lluvia, severa con sus torres disparejas y su portada románica. Respetuosos, los guardeses esperan en el umbral.

Acompañada por el cura y el capitán, la Señora entra en el vestíbulo. Por las cristaleras de colores se cuela una luz pálida que tiñe apenas el suelo con tonos de incongruente alegría. Su mirada aprecia las dimensiones de la estancia y se posa un instante sobre los muebles y las fieras armaduras que adornan las esquinas. Despacio, se quita un guante mientras se acerca a las fotos que hay sobre una mesita. En

una de ellas el rubio príncipe de Asturias dedica palabras de compromiso cortés a su anfitrión, el propietario anterior. La Señora acaricia un momento el marco de plata y, tras dejarlo de nuevo en su lugar, observa las paredes de las que cuelgan panoplias y escudos heráldicos. Los ojos fríos se fijan luego en el banco oscuro, como de iglesia, pegado a la pared. El cura avanza detrás y el capitán —atento como un perro de guarda— espera un ademán de su ama, que se encamina por el corredor hacia la escalera de piedra. Hace años la Señora había leído que la escritora tenía su estudio en la torre de Levante, la más alta, desde cuyas ventanas admiraba el paisaje de las Mariñas. Allá se dirige con su escolta, mientras establece en ojeadas certeras el inventario de cuanto encuentra a su paso.

En el estudio nada ha cambiado desde la última vez que la escritora marchó a Madrid. Acabado el verano, se demoraba aún unas semanas en el otoño gallego. Una brisa más fría, un tono más melancólico en el cielo de la tarde: era el momento de regresar a la vida agitada de la capital. Casi dos décadas han transcurrido, años de enfrentamientos y de muerte, pero sus aposentos se conservan como ella los dejó. A medida que el capitán, solícito, descorre las cortinas, la Señora aprecia los detalles: la biblioteca, el escritorio, el bargueño, un extraño tapiz donde unos esqueletos bailan su danza macabra... Erguida, distante, observa en silencio el mundo que la luz descubre en torno a ella. Sin decir palabra, se acerca al balcón en cuya balaustrada de piedra está esculpida la figura de santa Catalina de Alejandría, la sabia mujer que desafió a los doctores y eruditos de su tiempo antes de morir por su fe. La mirada oscura se vuelve al exterior; las nubes ponen un techo compacto a las colinas y al mar. Un súbito escalofrío la saca de su ensimismamiento.

—Hace frío aquí. Que enciendan la chimenea.

En un alarde de taconazos sale el capitán, mientras el cura, las manos unidas sobre el vientre, contempla con curiosidad no disimulada cada rincón del cuarto. La Señora se asoma un instante al gabinete; sobre una mesita, un libro. Allí el aire parece adensarse y, sin pasar, la futura dueña vuelve al estudio. Se sienta al escritorio y

se despoja del otro guante. Como quien cumple un deber, echa un vistazo a los papeles que en ordenado montón se encuentran a la vista. Notas mecanografiadas con alguna corrección en letra menuda; después unos sobres, viejas cartas de gente desconocida. De la planta baja llega la voz imperiosa del capitán. La Señora abre uno por uno los cajones: más papeles. Manuscritos, apuntes, todos atados con cinta azul. Apenas ojeados, los devuelve otra vez a su sitio. Cartas, muchas cartas, remitidas algunas por personas que la Señora no conoce, otras por nombres como Benito Pérez Galdós, Marcelino Menéndez Pelayo, José Lázaro Galdiano, Francisco Giner de los Ríos, Vicente Blasco Ibáñez, Leopoldo Alas, Miguel de Unamuno... Paquetes de hojas titulados *Diario*, *Diario de viaje*... Sin alterar el rostro, comienza a leer; selecciona una frase aquí, otra allá, con la misma atención calculadora que antes dirigió a los muebles. Precedido por el capitán, entra el guardés cargado con una brazada de leña, y al poco rato un buen fuego arde en la chimenea.

Pasan los minutos. El capitán, aburrido como un perro grande, sigue quieto junto al hogar. Se oye el blando rumor de la lluvia. A una seña de mando el clérigo se acerca al escritorio y, de pie, lee las páginas que le entrega la Señora. La expresión de su cara se ensombrece, el ceño se frunce. Una hoja, dos, tres... Crepita el fuego y su chasquido suena amplificado en el silencio. Más hojas. Al cabo, el sacerdote suspende la lectura y, sin decir nada, mueve la cabeza en ademán negativo. Todo él es negro como su sotana, recortado en contraluz ante el hueco del balcón. De pronto restalla como un latigazo la seca voz de la Señora, que se ha levantado, un poco pálida, y, poniéndose los guantes, camina ya hacia la puerta:

—García, quema los papeles que hay en los cajones. Todos.

La futura dueña baja las escaleras seguida por el cura. La espalda bien recta, piensa en empezar cuanto antes las obras que harán de aquel lugar su casa: la casa de verano del caudillo vencedor, donde él y su familia echarán sus propias raíces. Mucho hay que cambiar. Es preciso borrar otros rastros e inventar un Pazo de Meirás digno de quien fue el general más joven de Europa y hoy es el más poderoso de España.

Mientras tanto en la chimenea del estudio arden cartas, notas, fotografías... El capitán, aficionado a los libros, que antes de esta guerra había leído alguna página de la escritora, no puede evitar una incómoda reflexión: sus manos están ejecutando un auto de fe con la memoria de Emilia Pardo Bazán.²

2.- El prólogo es una recreación literaria de la visita privada que Carmen Polo de Franco realizó a las Torres de Meirás el 8 de junio de 1938, como consta en la prensa local del momento. La idea de la compra de las Torres para regalárselas al general Franco había surgido en marzo de ese año; el objetivo era congraciarse con el ya presunto vencedor de la guerra civil, y la operación, cuyos detalles se conocen desde hace muy poco, se llevó a cabo en términos más que dudosos. Se decía que el precio había rondado el medio millón de pesetas de las de entonces, aunque recientemente han aparecido documentos que reducen la cantidad real hasta unas ochenta mil pesetas (la diferencia, probablemente, se invirtió en los numerosos cambios que la nueva dueña mandó hacer en la finca y en el propio edificio). La cantidad, según el régimen, se pagó por suscripción popular; una suscripción popular bastante *ad generis*: en el caso de los funcionarios públicos, a través de una cuota que se les deducía automáticamente del sueldo. Aunque la entrega efectiva de la propiedad tuvo lugar en diciembre de 1938, Carmen Polo, su hija y su hermana, casada con Serrano Suñer, ya habían pasado allí unas semanas en verano.

En cuanto al «auto de fe» de los papeles, recojo el dato que aportó Ricardo Gullón en su artículo «Las mujeres de Galdós», publicado en ABC el 27 de diciembre de 1988. Casualidad o no, en los fondos de la familia Pardo Bazán, depositados en el Archivo de la Real Academia Galega, faltan los relativos a la documentación personal.